

Ignacio Martínez de Pisón

Derecho natural





Seix Barral Biblioteca Breve

Ignacio Martínez de Pisón

Derecho natural

-
- © Ignacio Martínez de Pisón, 2017
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
- © Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2017
ISBN: 978-84-322-3222-0
Depósito legal: B. 4.063-2017
Composición: Moelmo, SCP
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Entre mis recuerdos más antiguos está el del primer regreso de mi padre, una madrugada del año 67. Vivíamos en Barcelona, en la calle Vilamarí, muy cerca de la plaza de toros de Las Arenas. Hacía dos años que mi padre no daba señales de vida, y mi madre, al oír ruidos en la cerradura, creyó que eran ladrones tratando de entrar. Lo primero que hizo fue correr a mi cuarto y abrazarme con fuerza. Estaba en bata y camisón, llevaba puestas las gafas y temblaba. Luego fue a la cocina y agarró el cuchillo de cortar el pan.

—¿Quién anda ahí? —dijo, casi sin voz—. ¡Acabo de llamar a la policía!

Me acuerdo muy bien de esta frase porque en ese piso no había teléfono. Al otro lado de la puerta seguían forcejeando con la cerradura.

—¡Acabo de llamar a la policía! —repitió con más aplomo, y añadió—: ¡Váyanse!

Hubo entonces una larga pausa y varios golpes en la puerta. Golpes suaves, dados con la palma de la mano. Salté de la cama y me asomé al pequeño recibidor. La única luz encendida era la de la cocina. Mi madre, de espaldas a mí, se interponía entre la puerta y yo, pero en el

espejo ovalado del perchero veía su expresión de espanto, los labios apretados, los ojos muy abiertos.

—¡Soy yo! —oímos.

Me pareció curiosa la reacción de mi madre, que se quitó las gafas, acercó la cara al espejo y, todavía con el cuchillo en una mano, se frotó los párpados con la otra, para luego arreglarse el peinado con una coquetería precipitada y nerviosa. Como si al otro lado de la puerta hubieran encontrado por casualidad el botón del timbre, sonó primero un timbrado breve y después dos o tres prolongados, apremiantes.

—¡Soy yo, soy Ángel! —oímos.

Ahora mi madre no sabía qué hacer con el cuchillo. Fue a esconderlo entre las prendas que colgaban del perchero, pero se lo pensó mejor, metió medio cuerpo en la cocina y lo soltó en cualquier sitio. Volvió a sonar el timbre.

—¡Luisa, Luisita! ¿Estás ahí?

Mi madre aspiró aire por la nariz, se cruzó la bata a la altura del vientre y, levantando la vista hacia el techo, preguntó:

—¿Quién es?

—¿Cómo que quién es? ¡Coño, Luisa! ¡Que soy yo, Ángel!

La cadena de la puerta estaba echada. La imagen más antigua que conservo de mi padre es la de su rostro encajado entre el marco y la puerta cuando mi madre encendió la luz del recibidor. Miraba mi padre para todas partes pero lo hacía con el rabillo del ojo, sin mover la cabeza. El flequillo se le aplastaba sobre la frente.

—¿Qué hacías a oscuras? ¿Eh? ¿Por qué no encendías la luz? —dijo, y al verme trató de sonreír—. ¡Cuánto ha crecido este chico!

—¿A qué has venido? ¡Son más de las tres!

—Ya sé qué hora es. ¿Quieres quitar de una vez esta cosa?

Se refería a la cadena. Para retirarla, primero había que cerrar la puerta. Mi padre apartó la cara y mi madre cerró la puerta. Permaneció unos segundos inmóvil, con la puerta cerrada y la cadena puesta. Como estaba tan enfadada, pensé que había tomado la decisión de no abrir. Pero abrió. Mi padre llevaba en una mano un macuto y con la otra hacía tintinear las llaves del llavero. Se hizo el ofendido:

—¿Por qué demonios has cambiado la cerradura?

Siempre que reaparecía en nuestras vidas, lo hacía pidiendo explicaciones por algo: las luces apagadas, la cadena echada, el cambio de cerradura... Años más tarde, en una época en la que vivíamos a salto de mata, le recriminaría a mi madre que hubiera abandonado el barrio anterior, con lo bonito que era. Era su manera de protegerse ante los previsibles reproches, y por unos instantes conseguía traspasarle la carga del remordimiento, como si el cambio de cerradura o de domicilio hubiera sido lo que le había tenido tanto tiempo alejado de nosotros, su familia. Mi madre tardaba en encontrar la respuesta adecuada y, para cuando empezaba a poner en orden sus agravios, él ya se había abalanzado sobre alguno de los niños para levantarlo en el aire, hacerle cosquillas, ponerlo cabeza abajo. Aquella madrugada el único niño era yo. Mi padre me dio unos cuantos revolcones y luego me instaló en sus hombros.

—Tengo hambre —dijo—. No he comido nada desde esta mañana.

—¿Eso es todo? —Mi madre puso los brazos en jarras—. ¿No he tenido noticias tuyas desde las paperas del niño y todo lo que se te ocurre decir es que tienes hambre? ¿Podrías estar muerto y yo ni me habría enterado!

Él intentó hacer un chiste:

—Estoy muerto, pero de hambre.

Mi madre, muy seria, negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes tener la desvergüenza de...? —No terminó la frase—. Ya sabes dónde está la cocina. ¡Y el sofá! Yo me vuelvo a la cama.

Era un sofá pequeño, de dos plazas, insuficiente para alguien de su estatura y su complexión. Mi padre soltó un bufido e hizo un gesto de «seamos razonables».

—Luisa... —dijo.

Mi madre, muy digna, le dio la espalda y se encaminó hacia su dormitorio. Mi padre la siguió.

—Te he traído un regalo. —Y, como torció un poco el cuerpo para rebuscar en el bolsillo trasero del pantalón, tuve que abrazarme a su cabeza para no caerme.

—¡Cuidado con el niño! ¡Lo vas a desnucar!

El regalo era un collar de diamantes. Mi padre lo depositó con gestos ceremoniosos sobre la palma de su mano. Ella lo acercó a la luz y contempló extasiada sus cambiantes brillos. Se había quedado sin habla. En su mirada se mezclaron la sospecha y la codicia. Un collar de diamantes. Los collares de diamantes valían muchísimo dinero... ¿Lo había robado? ¿Estaba escondiéndose de la policía? ¿Por eso aparecía a esas horas tan intempestivas?

—Te gusta, ¿eh? —dijo mi padre.

Luego me agarró por las axilas y me bajó al suelo.

—Y a ti también te he traído algo.

Sacó del macuto una mustia corona de plumas, se la acomodó en la cabeza y alzó una mano con solemnidad para pronunciar el clásico saludo indio:

—*Hau*. —Y emitiendo supuestos gritos de guerra me persiguió por el recibidor—. ¡Uuuuh, uuuuh...!

Sus gritos eran tan falsos como los diamantes del collar. Cuando mi madre comprendió que también éste procedía del atrezo de alguna película barata, volvió a ponerse las

gafas (lo que quería decir que no le importaba estar fea) y apretó el puño con fuerza.

—¡Este niño tiene que dormir! —exclamó, indignada.

Me acostaron y salieron de la habitación para seguir discutiendo. Por la mañana, mi madre me despertó para llevarme al colegio. Estaba ojerosa pero alegre.

—¡Vamos, vamos! ¡Que llegamos tarde!

Las plumas de jefe indio colgaban sobre uno de los abrigos del perchero. Me lavé los dientes medio dormido. Los ronquidos de mi padre no salían del cuarto de estar sino del dormitorio. Me senté en el taburete de la cocina y esperé a que mi madre terminara de prepararme el desayuno: tostadas con pan de ayer y leche caliente con un chorretón de miel. Antes de irme me asomé al dormitorio para mirar a mi padre, que dormía cruzado sobre la cama y con la boca abierta. Para mí, ese hombre era alguien que tenía una remota relación con nosotros pero que en realidad no formaba parte de nuestra vida. Estaba seguro de que, cuando volviera a casa a la hora de comer, habría desaparecido otra vez. Me equivocaba.

Al mediodía, como a mi madre no le daba tiempo, solía acompañarme a casa alguna de las vecinas que tenían hijos en el mismo colegio. Esa vez me estaba esperando mi padre, que al verme me saludó con un ejemplar doblado de *El Mundo Deportivo*.

—¡Esta tarde vamos al cine! —exclamó.

Mi madre llegó a casa muy poco después que nosotros y encendió el horno para calentar los canelones que había dejado hechos por la noche. Mi padre quería que se tomara la tarde libre.

—¿Y qué le digo a mi jefe? —replicaba ella, y ahuecaba la voz para añadir—: «Señor Augusto, esta tarde, en vez de trabajar, me apetece más ir al cine...».

—¿Señor Augusto? ¿Qué ha sido de don Rafael?

Mi madre, que hasta un año antes había trabajado en una elegante tienda de modas del paseo de Gracia, trabajaba ahora en una ortopedia de Roger de Flor. Después de la merienda fuimos mi padre y yo a esperarla a la salida, y nos metimos en un metro que llevaba a la Meridiana. Luego callejamos un poco hasta llegar al cine, que se llamaba Ducal. Era un cine pequeño, de programa doble. Ponían una película de Maciste y una de vaqueros titulada *El sabor de la venganza*. Entramos en la sala a tiempo de ver el final de la primera, justo cuando Maciste conseguía derrotar a un temible cíclope. Pero la película que mi padre quería que viéramos era la otra.

En cuanto empezó *El sabor de la venganza* me di cuenta de que ya la había visto. Mi madre me había llevado a verla a principios de ese mismo año. Recordaba incluso el nombre del cine, el Fantasio. Me volví para decírselo pero ella, adivinando mis intenciones, me hizo callar con un gesto. Mi madre estaba sentada a mi izquierda y mi padre a mi derecha. Al principio de la película, unos forajidos intentaban robar los caballos de una familia que vivía en una casa solitaria. El momento culminante llegaba cuando aparecía el marido y se iniciaba un tiroteo. Yo esperaba con impaciencia ese instante y, cuando por fin llegó, no pude evitar murmurar:

—¡Ahora se lían a tiros! ¡Ahora se lían!

Mi padre me dedicó una sonrisa de aprobación:

—¡Qué listo es este chico! ¡A ver si vamos a tener un Hitchcock en casa!

En el tiroteo moría el marido. Luego los hijos de éste, ya adultos, consagraban su vida a buscar a los asesinos para vengarse. Mi padre intervenía en varias secuencias pero sólo se le reconocía en dos, la del rodeo y la de la pelea en

el *saloon*, en la que incluso tenía algunas frases. Cada vez que estaba a punto de aparecer, me avisaba dándome unos golpecitos en la rodilla y señalando la pantalla.

—¿Eh?, ¿eh? —repetía después, sacudiendo la cabeza.

Cuando acabó la película, preguntó si me había gustado. Pero lo preguntó sin preguntarlo, dando por sentado que la respuesta sólo podía ser afirmativa. Hice un gesto de asentimiento y dije:

—Nos quedamos a la de Maciste, ¿no?

—¡Ese bodrio! —Se levantó.

—Sólo hasta donde la hemos cogido... —supliqué.

—Tienes que empezar a apreciar el cine de calidad.

—E hizo con la mano un gesto en dirección al pasillo.

Salimos a la Meridiana. De camino a la estación de metro nos paramos a comprar castañas. Mi padre estaba satisfecho de su trabajo en esa película. Contaba anécdotas del rodaje y alardeaba de su amistad con uno de los actores, Fernando Sancho, del que decía que era el hombre más divertido del mundo. A veces aludía a él con ligera condescendencia y le llamaba «Fernandito» o «el bueno de Fernando», sugiriendo que la consideración de ambos dentro de la industria era equiparable. Y se quejaba de que en el montaje final hubieran recortado la presencia de su personaje, que en el guion tenía algunas frases más.

—¡Bah! — fingía una altiva despreocupación—. Envidias. Miserias.

Yo, enfurruñado por lo de la película de Maciste, no le escuchaba. Pero no se me escapaba que, pese a sus aires de gran estrella, era siempre mi madre la que sacaba el monedero para pagarlo todo: los billetes de metro, las entradas, las castañas.

—¡Qué calentitas! —exclamó él, rodeando el cucurucho con las manos.

Años después, ya adolescente, me dio por creer que la primera fuga de mi padre se había producido durante el rodaje de esa película. Me gustaba pensar que mi madre había ido a verla al Fantasio como la mujer celosa que espía a la rival que le ha robado el marido. De ahí tanto misterio y tanto secretismo: en el Fantasio no me había dicho que uno de los actores era mi padre (a quien yo, por supuesto, fui incapaz de reconocer), y en el Ducal me obligó a ocultarle que ya la habíamos visto. ¿Cómo interpretaba ella aquella película, que para mí era sólo una película de vaqueros? ¿Qué veía en ella? ¿Buscaba tal vez alguna clave que explicara las desventuras de su relación: la actriz frescachona que había embaucado a su hombre, el amigo que le había arrastrado en sus andanzas? La hipótesis era plausible, sólo que las fechas no cuadraban. *El sabor de la venganza* se había rodado en el 63 y mi padre no nos había abandonado hasta el 65.

—¡Vamos! —dijo mi madre—. ¡Que nos cierran el metro!

Teníamos que rehacer nuestra vida. Ahora no éramos sólo mi madre y yo. Ahora éramos tres. Una pareja joven con su hijo de cinco años. Una familia normal, aunque para mí lo normal siempre había sido que estuviéramos solos mi madre y yo, y en el colegio me resultaba raro decir «mi padre», algo que, quizás porque todo el mundo estaba al corriente de nuestra situación y se las arreglaba para esquivar el tema, jamás había necesitado. Ahora éramos tres, y el pisito de Vilamarí, en el que mi madre y yo nos organizábamos sin agobios ni estrecheces, se quedó pequeño casi de un día para otro. Mi padre, que había llegado sin más pertenencias que las que cabían en el macuto,

tenía la rara cualidad de ocuparlo todo con sus cosas. En los cajones, antes holgados y espaciosos, había que meter la ropa a presión. El armarito del cuarto de baño rebo-saba de lociones y frascos de colonia. En las escasas es-tanterías se apretaban los muy diversos cachivaches que compraba o (decía él) le regalaban: una reproducción de la Dama de Elche, unas banderillas con restos de sangre, una trompeta que se había propuesto aprender a tocar, una colección de botellitas de licores exóticos. Sus revistas de cine se apilaban desordenadamente en una esquina del re-cibidor. El piso entero era un desbarajuste de cajas y ma-letas entre las que había que abrir hueco para las garrafas de vino o aceite que los desconocidos le ofrecían «a pre-cio de amigo».

Mi madre refunfuñaba cada vez que le veía aparecer con algo. En cuestión de semanas quedó claro que en aquel piso no podríamos aguantar mucho tiempo, y los domin-gos por la tarde salíamos a lo que él llamaba «buscar casa». Íbamos a una calle que le gustara, nos parábamos a con-templar las fachadas en las que hubiera un letrero de SE ALQUILA y, si el portal estaba abierto, nos metíamos a pre-guntar el precio. Las calles que le gustaban no eran preci-samente modestas: Rambla de Cataluña, Diagonal, paseo de San Juan... Mi madre agitaba la cabeza con escepticis-mo: en esas zonas jamás encontraríamos un piso que en-trara dentro de nuestras posibilidades. Algún domingo llegábamos hasta la avenida del Tibidabo, donde las casas eran auténticos palacios: mansiones modernistas de dos o tres pisos con frondosos jardines y entrada de carrua-jes. Mi padre, infatigable, asomaba la nariz por encima de los muros, anotaba los números de teléfono que figuraban en los carteles y, mientras se guardaba la agenda en el bol-sillo, decía:

—Aquí seguro que no nos faltaría espacio, ¿eh?

Cuando sus frases acababan en un «¿eh?», significaba que no estaba dispuesto a admitir ninguna réplica.

—¿Y esos suelos quién los fregaría? —se atrevía a decir mi madre.

—Mujer, ¡para eso estaría el servicio!

Mi padre confiaba en que algún día le llegaría el golpe de suerte definitivo y cumpliría su sueño de vivir como vivían los ricos. Podían ser fantasías, pero las expresaba con tal convicción que conseguía arrastrarte en sus ensoñaciones de lujo y esplendor. A mí no me parecía tan descabellado. ¿Cuántas veces habíamos visto en las películas que alguien pasaba en sólo un instante de ser pobre a ser inmensamente rico? Si esas cosas ocurrían en las películas era porque también podían ocurrir en la realidad... A partir de cierto momento, mi madre dejó de acompañarnos en nuestros paseos dominicales. Solos él y yo, esas tardes mi padre se desprendía de cualquier resto de cautela y actuaba como si el ansiado golpe de suerte ya se hubiera producido. Señalaba la casa que más le gustaba y exclamaba: «¡Ésa!». Ahora no conjugaba los verbos en condicional sino en futuro: no decía «pondríamos» sino «pondremos plantas en los balcones», no «pintaríamos» sino «pintaremos las paredes de blanco». Oyéndole hablar, daba la sensación de estar en posesión de todo el dinero del mundo y de que comprar o no comprar esa vivienda dependía exclusivamente de su voluntad.

Gracias a esos paseos me formé por primera vez una idea aproximada de la geografía de Barcelona. Hasta entonces mi vida había estado reducida a un territorio encerrado entre los jardines de Montjuïc, unos descampados de Hostafrancs cercanos al colegio y una terraza de la calle Tarragona a la que mi madre me llevaba a tomar horchata.

Lo que hubiera más allá de esos límites no me pertenecía. Era una especie de *terra incognita* de la que apenas si conocía algunos enclaves aislados, como el piso de mis abuelos en el Guinardó, la ortopedia de Roger de Flor o la playa de la Barceloneta. Esos paseos me enseñaron que la ciudad estaba compuesta por muchos barrios y que eran todos distintos. Había barrios antiguos y barrios sólo viejos y barrios tan nuevos que estaban todavía a medio hacer. Y unos barrios eran más ricos que otros, o más bonitos, o más limpios. Y el metro te llevaba a algunos barrios pero no a otros, y había algunos a los que ni siquiera se podía llegar en autobús o en tranvía, y mi padre se reía de los pobres diablos que vivían en sitios así: ¿a quién se le ocurriría irse a vivir a esos lugares incomunicados, el culo del mundo? No lejos de casa, en la avenida de Roma, se habían terminado de cubrir las vías del tren, y las nuevas construcciones alteraban con celeridad la fisonomía de la zona. Algo parecido sucedía en otras partes de la ciudad, como General Mitre o la Bonanova, invadidas por altas grúas que proyectaban sus sombras inmóviles sobre el asfalto. No era sólo que la ciudad se hubiera ensanchado para mí. Era que la ciudad no paraba de crecer, como yo mismo.

Según mi padre, todas aquellas obras en las calles eran un indicio de prosperidad y abundancia.

—¡Hay dinero! ¿No lo hueles? —decía, asomándose a una zanja—. ¡Hay dinero por todas partes!

La cuestión, vista así, era sencilla: si había tanto dinero, si la riqueza nos rodeaba, ¿por qué no podía ser que una parte de esa riqueza fuera a parar a nuestros bolsillos? Para que tal cosa ocurriera hacía falta muy poco. Una llamada telefónica. Alguien que, desde Barcelona o Madrid o cualquier ciudad del mundo, le llamara para ofrecerle el papel de su vida. Meses después de su llegada, seguíamos

sin teléfono. Como más temprano que tarde acabaríamos dejando el pisito de Vilamarí, mis padres habían optado por no solicitar la instalación de la línea, y los recados nos los cogía un vecino solterón que tenía la casa llena de jaulas de canarios. Cada vez que volvíamos de la calle, mi padre anunciaba su presencia con dos timbrazos breves y gritaba desde el descansillo:

—¿Algo para mí, don Enrique?

Si se abría la puerta, un brillo de ansiedad se instalaba en su mirada. Don Enrique aparecía en camiseta de tirantes y echaba un vistazo al bloc en el que anotaba recados y llamadas. Entre éstas nunca estaba la que mi padre esperaba. Luego el vecino cerraba la puerta y mi padre, llevándose los dedos a la nariz, murmuraba:

—¡Qué peste! ¡Parece un gallinero!

El representante de mi padre vivía en Madrid y se apellidaba Gordejuela. En el tal Gordejuela tenía mi padre depositadas muchas de sus esperanzas. Algunos de los actores que representaba habían conseguido buenos contratos y estaban en ese momento trabajando en coproducciones con Italia o Francia. Mi padre lo sabía no por Gordejuela, que casi nunca le llamaba, sino por las revistas de cine. Repasaba una y otra vez la sección de proyectos y rodajes, y leía en voz alta los nombres de los actores y actrices de Gordejuela que figuraban en ellos. Pero constatar que la agencia era capaz de colocar a muchos de sus representados no le infundía optimismo sino desconfianza. ¿No estaría favoreciendo a otros y perjudicándole a él? ¿Cuántos de esos papeles de vaquero o policía no le irían como anillo al dedo? Y si ninguno de esos personajes era vaquero o policía, ¿por qué no aprovechar la ocasión para poner a prueba su versatilidad y facilitar su progresión como actor? Cuando pasaban varias semanas sin recibir

noticias de Gordejuela, mi padre se impacientaba. Arroja-
ba la revista a la esquina del recibidor y decía:

—¡Algún día alguien tendrá que cantarle las cuarenta!
¿Cómo se lo tomará cuando le diga que estoy pensando
en cambiar de representante?

Para no abusar del teléfono de don Enrique, las llama-
das las hacía desde una bodega de la calle Diputación.
Las pocas veces que estuve presente, la secretaria tardaba
en ponerle con Gordejuela y, cuando por fin éste le aten-
día, mi padre había perdido ya gran parte de su aplomo y
daba por buenas todas las explicaciones y promesas. Des-
pués de una de esas conversaciones no era raro que reci-
biéramos en casa un paquete con unas páginas de guion
copiadas con papel carbón. Mi padre iba de un lado para
otro memorizando sus frases y ensayando su personaje, y
la siguiente vez que llamaba a la agencia le informaban de
que había surgido un imprevisto y el proyecto había que-
dado aplazado.

Como tantos actores, su mayor temor consistía en que
acabaran encasillándole. Alto y bien proporcionado, ca-
recía sin embargo de la musculatura requerida en las pe-
lículas de romanos o de aventuras. Aunque de facciones
armoniosas y mirada interesante, no era exactamente gua-
po, o no lo bastante para hacer de galán, y en unos años
en que el cine español buscaba actores de aspecto extran-
jero, tenía el pelo oscuro y una tez grisácea que se tostaba
con el primer sol de primavera. De lo que más orgulloso
estaba era de su voz, melodiosa, rica en matices y modu-
laciones diversas. Sin embargo, esa voz, que veinte años
después le permitiría ganarse la vida con las imitacio-
nes de Demis Roussos, le servía entonces de bien poco,
porque en aquella época se rodaba sin sonido directo y po-
seer una buena voz pasaba por ser una virtud menor. Es-

taba condenado a ser un eterno secundario, pero incluso para eso carecía de las cualidades que le habrían asegurado cierta estabilidad en papeles de característico: un rasgo físico reconocible, una gestualidad peculiar, una comicidad espontánea. Cuando mi padre se quejaba del encasillamiento de los actores, mi madre soltaba un bufido que quería decir: «¡Ojalá te encasillen si eso sirve para que te ofrezcan trabajo!».

Yo sólo quería agradecerle. Sólo quería que estuviera contento. Una tarde llegó a casa y preguntó qué tal todo. A mí, sólo por el gusto de darle una buena noticia, se me ocurrió decir que don Enrique había subido para avisarle de una llamada.

—¿Una llamada? —Y, dejando la puerta abierta, corrió hacia la escalera.

No tardó ni un minuto en volver porque el vecino no estaba. Se agachó hasta ponerse a mi altura y me cogió de la nuca con suavidad. Sus ojos oscuros refulgían.

—¿De quién era la llamada? ¿Qué han dicho? ¿Han dicho algo acerca de un guion?

Incapaz de detener lo que acababa de poner en marcha, yo me limitaba a asentir. Mi padre rebuscó en la cocina hasta dar con unas monedas y bajó a la bodega a llamar. Pero eran ya más de las ocho y regresó enseguida sin haber podido hablar con la oficina. Daba igual. Eso no tenía por qué aguarnos la fiesta. Agarró a mi madre por la cintura y se pusieron a bailar como en las películas del Oeste, recorriendo a saltos la cocina, primero hacia un lado, luego hacia el otro. Sólo por verlos así merecía la pena haber mentido.

—¡Ya sé qué es! —gritaba mi padre, excitado—. ¡La película esa sobre la Guerra Mundial! ¡Ésa con Maria Perschy y no sé quién más!

Se refería a un proyecto de Juan Antonio Bardem del que se hablaba mucho en las revistas. Daba por supuesto que uno de los papeles de militar iba a ser suyo.

—¿María qué? —dijo mi madre, fingiendo unos celos que tal vez no fueran del todo irreales.

—¡Esto hay que celebrarlo! —Mi padre me revolvió el pelo con la mano—. ¡Esta noche cenamos fuera!

Fuimos al Nuria, en las Ramblas, junto a la fuente de Canaletas. Me pareció un sitio muy distinguido, con los camareros en chaquetilla blanca y todos esos señorones vestidos de etiqueta que iban o venían del Liceo. Fue la primera vez en mi vida que comí langostinos. Mi madre me enseñaba a pelarlos y mi padre me decía que, si me quedaba con hambre, pediríamos otra bandeja. En lo más profundo de mí mismo sentía un turbio desasosiego, pero al mismo tiempo era incapaz de sustraerme a la alegría general.

Al día siguiente, en el trayecto del colegio a casa, mi padre no dijo ni mu. Yo, tembloroso, me esperaba una severa reprimenda. Cuando llegó mi madre y encendió los fogones para freír las salchichas, mi padre se le acercó con aire sombrío.

—¿Qué te han dicho? —dijo ella, expectante—. ¿De qué va la película?

—No es la que yo suponía. Es una de terror.

O sea que mi mentira resultó no serlo del todo: en la oficina de Gordejuela había una propuesta esperándole. Qué alivio sentí. Mi padre, en cambio, parecía más desanimado que nunca.

—¿De terror? ¿Cómo de terror?

—Qué más da... De hombres lobo o algo así. ¿A quién le interesan los hombres lobo? Ya me conozco la historia. Me llaman y me dicen que están a punto de colocarme en

algo. Luego me dirán que ha surgido un contratiempo y, al final, si te he visto no me acuerdo... ¡Siempre igual! Algún día cogeré a ese sinvergüenza y... —Hizo el gesto de romper algo con las manos pero dejó la amenaza a medias—. ¿Qué tengo que hacer, Luisita? ¿Tengo que ir a arrastrarme delante de los productores, como hacen otros?

Mi madre hizo uno de sus mohínes característicos, achinando los ojos y apretando los labios en una media sonrisa. Luego se limpió las manos en un trapo y le alisó con ternura unas arrugas de la pechera.

—No te preocupes —susurró—. Algo saldrá.

Para entonces seguramente ya estaba embarazada de mi hermano Manolo. En principio, la perspectiva de su nacimiento significaba que el proyecto de vida familiar se había consolidado. Pero mi madre no las tenía todas consigo. Se sentía atrapada entre el deseo de que mi padre encontrara trabajo y el temor a que los eventuales rodajes se convirtieran en una nueva ocasión para abandonarla. Y tosía. Tosía mucho. Siempre que surgían problemas o motivos de inquietud, mi madre sufría persistentes ataques de tos. No era una tos que le saliera de dentro sino una tos de garganta, algo forzada. Era su manera de esquivar las preocupaciones, como queriendo decir: «Que se encargue alguien de eso. No me podéis pedir que haga nada. ¿No veis que estoy enferma?». Para sorpresa de todos, pasaban los días y la película de los hombres lobo ni se aplazaba ni se cancelaba. Mi padre viajó a Madrid para hacer una prueba y regresó con el contrato firmado y la fecha de comienzo del rodaje: mediados de junio. Cuanto más se acercaba esa fecha, más frecuentes y prolongados eran los ataques de tos de mi madre.

Mis abuelos nunca venían a visitarnos porque no querían encontrarse con mi padre. Para mi abuela era como

si no formara parte de la familia, y para mi abuelo directamente como si no existiera. Y todo porque mis padres no estaban casados. Durante esos meses, mi madre los vio muy pocas veces (para San Esteban, para Reyes, que coincidía con mi cumpleaños, algún fin de semana aislado), y en un momento u otro acababan formulando la pregunta, pronunciada con ansiosa gravedad:

—¿Pero se va a casar contigo o no?

Obsérvese la construcción de la frase. No decían «¿os vais a casar?» sino «¿se va a casar contigo?», estableciendo de ese modo un reparto desigual en el que a mi madre le correspondía el papel de la chica buena pero incauta y a mi padre el del golfo que la había deshonorado y amenazaba con llevarla por el mal camino.

—Lo importante es que nos queremos y queremos estar juntos —respondía mi madre—. A nosotros nos basta así.

Como estrategia defensiva, tal vez no le quedara más remedio que eso: presentarse como una joven moderna y desenvuelta, una especie de *hippie* opuesta a las viejas y oxidadas convenciones sociales, algo que no era. O lo era pero sólo a medias: si bien es cierto que la opinión de los maestros y los vecinos la traía sin cuidado, la desaprobación de mis abuelos la afectaba muy profundamente. Ella sólo aspiraba a vivir en armonía y concordia con sus seres queridos. ¿Era mucho pedir? Si hubiera tenido que elegir entre mis abuelos y mi padre, supongo que habría acabado optando por éste. Pero es que tal dilema ni siquiera existía. Existía nada más el temor a una nueva fuga de mi padre, y en ese caso ella no tendría defensa posible ante mis abuelos, hipótesis que a su vez aumentaba su temor a ser abandonada... Todo eran zozobras para ella.

La despedida tuvo lugar en el apeadero de Paseo de Gracia, en el vestíbulo subterráneo. Si no le acompaña-

mos hasta el andén fue porque él nos disuadió con el argumento de que había menos espacio y estaríamos incómodos. Seguramente no quería exponerse a las clásicas efusiones del último minuto.

—Hala, idos para casa, que es tarde —dijo.

Los viajeros nos esquivaban presurosos. Mi padre llevaba su macuto, el mismo macuto con el que había aparecido medio año antes. Mi madre estaba embarazada de cuatro meses pero aún no se le notaba la tripa. De repente, parecía tener muchas cosas que decir: que si las tormentas, que si la ropa... Los ojos le brillaban.

—¿Me llamarás? A casa del vecino, no. Mejor a la tienda. Y por las mañanas, que hay menos follón.

—Te llamaré en cuanto pueda. Tampoco sé si...

—¿Me lo juras? ¿Me juras que me llamarás?

Aproximaron las caras para besarse. Ella le susurró al oído algo que no entendí. Él se apartó con aire ofendido.

—¿Qué clase de monstruo te piensas que soy? ¡Llevas un hijo mío en tu vientre!

—Júrame que me llamarás.

Mi padre se llevó los labios a los nudillos.

—¡Lo juro! —dijo, y le vimos echarse el macuto al hombro y encaminarse hacia las escaleras.

Por supuesto, no llamó. Ni al teléfono del vecino ni al de la ortopedia. Ni esa semana ni ninguna de las siguientes. Mi madre se esforzaba por aparentar tranquilidad. A veces se mencionaba a mi padre por cualquier asunto, y ella, sin necesidad de que nadie le preguntara, se sentía obligada a dar explicaciones:

—Está rodando en un castillo por Ávila o por Toledo, no sé muy bien. ¡A saber dónde estará el teléfono más cercano!

Hacia el mes de agosto el rodaje ya debería haber concluido y seguíamos sin tener noticias suyas. Mi madre vol-

vió a toser como en sus peores épocas. Decía que en realidad no importaba tanto si él llamaba o no. Que para qué iba a molestarse en llamar si por el mismo esfuerzo podía coger un tren y plantarse en casa. Ahora no esperaba una llamada suya sino su regreso. Y, entre ataque de tos y ataque de tos, sugería algo parecido a unos plazos, que iban siendo sistemáticamente incumplidos y ampliados. Primero fue el comienzo del curso escolar, más tarde su cumpleaños (el 12 de octubre: el segundo nombre de mi madre era Pilar), finalmente la tercera semana de noviembre, que era cuando salía de cuentas... Alguna de esas fechas tenía que imponerse como definitiva, y la del parto parecía dotada de una legitimidad incuestionable: si mi padre no volvía para el nacimiento de su segundo hijo, mejor que no lo hiciera nunca.

Nació Manolo, arrugado, oscuro, casi negro, y no hubo novedades. Mientras mi madre estuvo ingresada en el hospital, yo dormía con mis abuelos. Cuando le dieron el alta, sólo volvimos al piso de Vilamarí para recoger nuestras cosas y mudarnos a un apartamento en el Guinardó, a dos manzanas de la casa de los abuelos. Mi madre, harta de esperar, había decidido borrar su rastro.

—¡Desgraciado! —la oí murmurar mientras tiraba a la basura el collar de diamantes falsos.

Volvíamos a ser tres, sólo que no éramos los mismos tres. Yo, que había vivido sin la necesidad de tener un padre, me sentía ahora como un hijo abandonado: me habían dado algo que yo no había pedido y luego me lo habían quitado. El dolor por mi infortunio se mezclaba con un concreto sentimiento de culpa. ¿Qué había hecho yo para que mi padre nos abandonara? ¿O qué habría tenido que

hacer para que eso no ocurriera? ¿En qué había fallado? Pero esa mezcla de sentimientos no debió de durar demasiado, porque no me recuerdo a mí mismo echando de menos a mi padre o pensando mucho en él, no al menos desde que nos mudamos al apartamento de la calle Arte, en el que nada o casi nada aludía a su existencia. Mi padre era un vacío. Mi padre era el vacío que había dejado en nuestras vidas. Un vacío que, en algunos aspectos, alguien tenía que llenar, y ese alguien era yo. El recién nacido me empujaba desde abajo. Yo tenía siete años recién cumplidos pero ya casi se me había despojado de mi condición de niño. Para los adultos que me rodeaban era «un hombrecito», y no pasaba un día sin que alguien me dedicara la famosa frase: «¡Está hecho todo un hombrecito!». Reconozco que eso me llenaba de orgullo, porque había aprobación y dulzura en sus miradas. Todos alababan mi buen carácter y mi sentido de la responsabilidad, todos comentaban que parecía más adulto que muchos adultos y se felicitaban de la suerte que tenía mi madre por tener a un hijo como yo para cuidarla.

Quedaban todavía más de cinco meses de curso y, pese a la insistencia de mi madre, no pudieron trasladar mi matrícula a un colegio del barrio, lo que me obligaba a cruzar la ciudad de un extremo a otro. Además, la conexión entre ambos barrios no era sencilla. Para evitar los transbordos, había que ir en tranvía desde el paseo Maragall hasta la plaza Universidad y desde allí caminar un cuarto de hora hasta llegar al colegio. En total, tardaba cerca de una hora a la ida y otro tanto a la vuelta. Los primeros días, para que me fuera familiarizando con el trayecto, me acompañaba mi abuelo, que repetía siempre la misma cantinela:

—Compras el billete a este señor. Te agarras aquí. No bajas hasta que lo hagan todos. Si tienes alguna duda, preguntas al cobrador.

A partir de cierto momento empecé a ir solo, y no recuerdo que nadie se escandalizara de ver a un niño tan pequeño viajar en tranvía sin la compañía de un adulto. La Barcelona de 1969, por mucho que hubiera crecido en los últimos años, seguía teniendo algo de esas ciudades de provincias en las que todo el mundo se conoce. Cuando los días comenzaron a alargarse, me acostumbré a hacer el trayecto de vuelta andando. Lo hacía para ahorrarme las tres pesetas que costaba el billete, pero sobre todo porque me gustaba caminar por calles desconocidas y probar rutas diferentes. Si pasaba por una zanja o un solar en el que hubiera obreros trabajando, me acordaba de mi padre y de sus típicos comentarios: ¡había dinero por todas partes!, ¿no lo olía? Podía ser que hubiera dinero, pero era evidente que no por todas partes. Mi madre, que había tenido que dejar su empleo en la ortopedia, trabajaba ahora en una panadería del barrio. Lo que allí cobraba nunca nos alcanzaba para llegar a fin de mes. Como no me daba tiempo de volver a casa al mediodía, mi madre había llegado a un arreglo para que una antigua vecina de Vilamarí me diera de comer. Era una de las vecinas que algunas temporadas me había recogido en el colegio junto a sus hijos: la señora Clara, una mujerona grande, con cara de vaca y vocecilla infantil. Una o dos veces al mes, mi madre me entregaba para ella un sobre con algo de dinero. Luego los sobres desaparecieron y el modesto pago pasó a ser en especie: cocas, bizcochos, hogazas de pan de payés, siempre productos de la panadería. Cuando la señora Clara me veía aparecer con la bolsa del pan, no podía ocultar su decepción.